

ct

8,56

de
Julio Béjar

(fragmento)

LA RESURRECCIÓN DEL HÉROE

Según cierta leyenda muy extendida, cuando alguien se encuentra en el trance de morir ve su vida entera pasar delante de él en un instante. Es una idea que ha sido explorada con cierta frecuencia por la ficción: me viene a la mente, como ejemplo, ese magnífico melodrama de Claude Sautet, *Les choses de la vie*, donde el protagonista revisa su pasado en el breve tiempo que dura un accidente automovilístico en el que perderá la vida. O, en otro orden de cosas, la serie *Perdidos*, cuyo clímax revelaba lo que la mayoría de los espectadores había deducido ya casi desde el principio: que los personajes estaban muertos y que toda la rocambolesca peripecia en la que participaban transcurría solo en su mente.

Al principio de *8,56*, el protagonista, Yago Lamela, está ya muerto. Y digo que lo está porque es un personaje real y podemos constatar documentalmente que es así, que falleció trágicamente joven, en 2014, en medio de fuertes depresiones. Pero también en ese mismo principio resucita como personaje de ficción. La primera vez que le vemos en escena suena la música de Purcell para el funeral de la reina Mary y vemos a Yago «en un foso de arena (...) semienterrado», con dos puñados de arena cubriéndole los ojos como las monedas que antiguamente se colocaban en los cadáveres. Para despejar cualquier duda, esa escena introductoria lleva por título: «Resurrección». Así es el teatro: el reino de los muertos que vuelven a la vida para contarnos todo aquello que un día quedó por relatar.

Podría decirse que la obra entera transcurre en el tiempo en que el personaje lleva a cabo el salto prodigioso que da lugar al título, y que convirtió a Lamela en un atleta legendario. Apenas unos segundos que, por la magia del teatro, se alargan para abarcar una vida entera. Este uso del tiempo produce vértigo: el autor, Julio Béjar, ha necesitado años para construir un relato que narra, al mismo tiempo, un solo instante y toda una vida. Más aún, toda una época.

Porque el protagonista es Yago Lamela, pero también un periodo de la historia de nuestro país, un momento en el que los triunfos deportivos se convertían en metáfora de la imagen que España quería dar de sí misma. Es, si me permite el exabrupto, la tragedia de una sociedad que podría haber aspirado a ser grande, pero eligió ser una mierda. No constituye un tópico consignar aquí que de aquel periodo proviene este caos que vivimos ahora y del que absolutamente nadie quiere hacerse responsable. Recordemos que aquella España fue también la del «pelotazo», curiosamente un término que es en sí una alegoría deportiva.

Encontramos en el texto perfiles que nos resultan dolorosamente actuales, nos dediquemos o no al deporte. Ese entrenador, por ejemplo, que prefiere la puntuación mediocre pero segura al riesgo de apostar por lo más alto. ¿Acaso no encontramos individuos, instituciones enteras, que son así, en la educación, en la política, en eso que llamamos la cultura? Esa sociedad cenicienta que, por puro miedo a ver cuestionada su vulgaridad, acostumbra a poner trabas a los Yagos Lamelas, pero luego pretende apropiarse de ellos cuando, por mérito propio, y pese a todo, triunfan, y vuelve a abandonarlos en el estercolero cuando ya ha exprimido sus posibles éxitos.

Julio hace en la obra, y yo lo aplaudo, una encendida defensa del heroísmo, entendido este término en su sentido correcto como forma de vida, lo cual queda claro desde la propia cita con la que empieza la obra: ya está bien de gentes que encuentran la felicidad en la derrota. «No estaré cuando caigas» dice el entrenador, creyendo que eso es una amenaza suficiente para detener a su pupilo. «Tampoco estés cuando me levante», responde Yago, que sabe que lo que está en juego no es una medalla, sino una actitud ante el mundo.

Por supuesto, como el atleta es un héroe, debe pasar por el sacrificio. Y muere de nuevo, dentro de la propia ficción, como había muerto en la realidad. Significativamente, esta vez su muerte no es el final. El final es el salto, el momento extraordinario en que Yago queda literalmente suspendido en el aire, en el instante de la acción pura, en el momento de demostrar que lo que verdaderamente cuenta es lo que uno hace, no lo que opina. Dados los tiempos que corren, me parece una magnífica lección.

Ignacio García May
Dramaturgo y profesor de la RESAD
Mayo de 2019

La derrota ya tiene suficientes enamorados. Este día feliz
del centro del verano les plantaremos cara.
Juan Antonio González Iglesias

DRAMATIS PERSONAE

YAGO LAMELA
ENTRENADOR
PERIODISTA
PRESIDENTE
PEDROSO

PRÓLOGO: LA RESURRECCIÓN

Suena Music for the Funeral of Queen Mary de Henry Purcell. En penumbra, en un foso de arena de una pista de salto de longitud sin principio ni final, yace semienterrado YAGO LAMELA. Dos puñados de arena cubren sus ojos. YAGO respira profundamente y se incorpora. Viste la equipación oficial de España. Entra el ENTRENADOR y lava el pie izquierdo de YAGO.

APOYO I

Ambiente de estadio.

PERIODISTA

Buen momento para Yago Lamela. Último intento. Tiene ocho cuarenta y dos y, por supuesto, la plata. Busca el oro. No tiene por qué jugárselo todo. Yago puede conseguir en unos instantes la medalla de oro y colocarse por encima de los ocho metros y medio y pasar por encima de Pedroso. El oro vale en estos instantes ocho cuarenta y seis. Nunca jamás un español ha estado tan cerca de ser campeón del mundo de salto de longitud. Nunca hemos llegado a este color de metal. ¡Guauu! ¡Qué salto! Puede ser, puede ser... Atención, es válido. Puede ser récord del mundo... no. Quiero decir récord de Europa, récord de Europa y oro. No tenemos por qué poner límites a la ilusión. Lo que puede haber es más de ocho cuarenta y seis. Fíjense, fíjense dónde está el nueve y dónde está el juez de la medición. A Pedroso se lo vamos a poner muy difícil. Ahí vemos la repetición a cámara lenta. Qué brinco acaba de dar Yago. Qué precisión en el talonamiento. Vamos a ver la medición. Yo creo que tenemos ahí ocho metros y medio. Hay una enorme expectación en el estadio de Maebashi. ¡Ocho cincuenta y seis! ¡Ocho cincuenta y seis! ¡Nuevo récord de España y de Europa! ¡Increíble! Y, atención, diez centímetros por encima de Pedroso. ¡Diez centímetros por encima de Pedroso que ha de saltar ahora! ¡Increíble el salto de Lamela en este duelo de titanes! Va a ser muy difícil que olvidemos este salto de longitud de hoy... Va a ser muy difícil que olvidemos este salto de longitud... Va a ser muy difícil que olvidemos... Va a ser muy difícil que... Va a ser...

APOYO II

Ambiente infernal de estadio.

ENTRENADOR

Pedroso acaba de hacer el mejor salto del campeonato.

YAGO LAMELA

¿A cuánto está?

ENTRENADOR

A seis centímetros de nuestra mejor marca personal.

YAGO

Seis centímetros...

ENTRENADOR

Tiene el oro asegurado. No tenemos nada que hacer.

YAGO

Eso habrá que verlo.

ENTRENADOR

Está a seis centímetros. Es intocable. Seis centímetros es un abismo.

YAGO

Nadie dijo que fuera fácil.

ENTRENADOR

Él es negro. Olvídate. Ningún blanco ha podido saltar tanto. Aseguramos nuestro último salto, salvamos los muebles y nos volvemos a casa. Pedroso se lleva el oro y nosotros la plata. Asegura el salto y procura no hacer nulo. No vayamos a cagarla a última hora. ¿Cómo tienes el talón?

YAGO

No me duele.

ENTRENADOR

Eso es porque todavía lo tienes en caliente. Venga, tumbate. Voy a echarte Reflex y a masajearte.

YAGO

¡Ah, joder!

ENTRENADOR

Bloquea el dolor.

YAGO

Si atraso el talonamiento hasta los ciento veinte pies, consigo hacer dieciséis apoyos, me quedo con el pie bueno justo en la tabla, sin pisar la plastilina, y tengo viento a favor seguro que...

ENTRENADOR

No vamos a tener tanta suerte. Sería demasiado perfecto. Hace más de tres años que no saltas tanto. Hemos sacado petróleo. ¿Es que no lo ves? No vamos a volver a casa de vacío: tenemos la plata colgando del cuello.

YAGO

No quiero asegurar.

ENTRENADOR

No estás del todo recuperado.

YAGO

Voy a arriesgar.

ENTRENADOR

Venga, nos queda poco tiempo para volver a saltar.

YAGO

No iré a las próximas olimpiadas.

ENTRENADOR

No te despistes, vamos.

YAGO

Escúchame.

ENTRENADOR

No pienso llevarte a casa en silla de ruedas.

YAGO

No podré ir.

ENTRENADOR

¡Que sí! Ya verás como te recuperas. Además, voy a presionar al Comité para que nos ponga los mejores fisios.

YAGO

Mírame. Estaré demasiado gastado para las próximas olimpiadas. Si no arriesgo ahora, luego será demasiado tarde.

ENTRENADOR

Si arriesgamos ahora terminarás destrozándote el talón por completo. Venga, no te enfríes. Vamos con los abdominales.

YAGO

Voy

ENTRENADOR

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce. Trece. Catorce. Quince. Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho. Diecinueve. Veinte. Veintiuno. Veintidós. Veintitrés. Veinticuatro. Veinticinco. Veintiséis. Veintisiete. Veintiocho. Veintinueve. Treinta.